

Pierre Bayle y la ideología de la Revolución

Por FELIPE GONZALEZ VICEN

La Laguna

Es costumbre ya inveterada en nuestros medios intelectuales, siempre que se acerca el aniversario de una gran conmoción o de un gran hecho histórico, afanarse por encontrar precedentes o antecedentes de la conmoción o del gran hecho. Tal y como si el conocer los antecedentes de un hecho sirviera para penetrar más hondo en los fenómenos históricos y en sus consecuencias.

Ahora, en que se aproxima el bicentenario de la Revolución Francesa, las viejas costumbres se renuevan y tanto historiadores como no historiadores discuten sin fin cuál es la institución o la tendencia que puso en movimiento aquella gran conmoción que conocemos como la Revolución Francesa, y que va a cambiar la faz política de nuestro mundo occidental. Quienes así disputan tienen un concepto hartamente peregrino de la historia, la que ven como una serie de hechos explicables por una concatenación de causas y efectos. La historia, en cambio, es un conjunto de ideas a las que la humanidad da forma. Se nos quiere decir, por ejemplo: ¿Qué fue la Revolución Francesa más que una algarada, una serie de asesinatos y vilezas? O fue, por ello, un intento de establecer la racionalidad en la convivencia, en cuyo nombre se organizaron los crímenes y tropelías que constituyeron lo que hoy llamamos la Revolución Francesa.

Quien por tanto se acerque a estas páginas creyendo encontrar en ellas un relato de las instituciones jurídicas o una galería de personajes que hicieron posible el hecho de la Revolución Francesa, quedará profundamente defraudado. De lo que en ella se trata es de trazar a grandes rasgos la figura y el pensamiento de Pierre Bayle, un intelectual de pro y uno de los mayores talentos de la vieja Francia. Teólogo y filósofo, de profesión, se vio envuelto en innumerables polémicas algunas de las cuales así como sus reflexiones de pensador solitario surgieron como relámpagos deslumbrantes, ideas nuevas que ya no iban a perderse nunca para la humanidad, que iba a tratar de hacerlas realidad histórica en las grandes convulsiones de la Revolución Francesa.

• 1 •

Es un hecho extraño pero cierto, el que muy a menudo las grandes historias de la literatura o de la filosofía pasan por alto o ignoran el nom-

bre de Pierre Bayle. Instigador de muchos de los caminos que hoy recorremos en nuestra vida política e inspirador en su célebre «Diccionario» de aquellos «filólogos» que arremetían sin piedad contra el llamado viejo régimen francés, Pierre Bayle es no obstante un desconocido en muchos de los catálogos que solemos manejar.

Esta falta o ausencia reviste en último término un cierto valor metódico, porque nos dice que para conocer a Pierre Bayle es preciso ir directamente a los mismos principios, verle de cuerpo entero e indagar si es posible, qué rutas ha seguido la deformación de su obra hasta llegar al silencio que hoy la rodea.

Por eso principiemos preguntándonos: ¿Quién fue Pierre Bayle?¹ «Algo enclenque, de maneras burdas, un afán de saber y una capacidad extraordinaria de trabajo y una memoria verdaderamente asombrosa», así nos lo describen contemporáneos muy allegados a él. Pierre Bayle nació en Carla (Condado de Foix) el 18 de diciembre de 1647, hijo de un pastor protestante calvinista. Su memoria extraordinaria y su ansia de saber le llevaron en su infancia a penetrar hasta los últimos detalles no sólo el «qué» sino también el «porqué» de las cosas.

Hizo sus primeros estudios en la escuela superior a la que pertenecía Carla, y después de aprender el latín a la perfección, llegada que fue la edad de estudios superiores —diecinueve años— se le mandó para estudiar filosofía en la Universidad de Tolouse, que estaba regida por los jesuitas. Bayle se alojó en Toulouse en una casa particular donde también vivía un sacerdote católico, con quien desde los primeros momentos mantuvo amplias discusiones. Estaba además muy interesado en las clases de lógica que impartía un jesuita en un edificio cercano. Estas discusiones y las clases de lógica dieron como resultado algo inesperado. Un buen día apareció Pierre Bayle diciendo que había estado equivocado y abjuraba del calvinismo y se sentía hijo fiel y obediente de la Iglesia Romana. Esta declaración fue seguida de una serie de visitas a las autoridades locales haciendo constar su cambio de religión.

Hay que darse cuenta de la situación desgarrada en que se encontraba Francia, pesando sobre ella todavía el recuerdo de las guerras fratricidas del siglo XVI y las matanzas organizadas a sangre fría, como la de la noche de San Bartolomé.

El cambio de religión de Bayle causó el estupor indecible de sus amistades, pero un dolor increíble en su propia familia. Además de Pierre Bayle se había apoderado el fuego proselitista de todos los nuevos conversos y escribió a su hermano mayor una carta «naturalmente» en la que

1. Lo fundamental sobre la vida y la obra de P. BAYLE es: DES MAIZEAUX, *La vie de Mr. Bayle*, que encabeza (pp. XVII-CXXVI) la edición del «Diccionario» que cito más abajo. También W. BOLIN ha escrito una breve biografía en la obra de FEUERBACH, L.: *Pierre Bayle*, Stuttgart, 1908. La mejor de las biografías es, con mucho, la de LABROUSSE, R.: *Pierre Bayle*, La Haye, 1963-1964, 2 vols.

De todas las obras de Bayle se han hecho numerosas ediciones. En el texto que sigue, me refiero siempre a: *Oeuvres diverses de M. Pierre Bayle*, à Amsterdam, MDCCXXXVII, 4 vols.

El «Diccionario»: *Dictionnaire historique et critique par Mr. Pierre Bayle*, à Leiden, MDCCX.

después de aludir a las muchas discusiones teológicas entre ambos, le invitaba a venir donde todas las dudas serían resueltas por hombres sabios y prudentes.

El padre, por otra parte, se devanaba los sesos pensando en cómo era posible que en un mes de estancia en Tolouse hubiera olvidado su hijo todas las enseñanzas que él le había inculcado. El único medio que encontró fue el de enviar a Tolouse gentes que gozaban de la confianza de Bayle para que hablara con su hijo sobre el cambio radical que en él había tenido lugar. El primero que envió su padre fue el primo paterno de Bayle, un tal Mr. Nadis de Bruguire quien volvió a casa diciendo que era inútil cuanto se intentara hacer.

La segunda persona que el padre envió a ver a su hijo a Tolouse fue Mr. de Pradals de Larbon quien tenía que ir por asuntos propios a Tolouse y antes tuvo una larga conversación con el padre de Pierre Bayle. En Tolouse, Pradals se alojó en la misma casa en que vivía Pierre Bayle y tuvo con él largas conversaciones de sobremesa y en los largos paseos que hacían juntos por los alrededores de la ciudad. Cuál sería la sorpresa de Pradals cuando un día Bayle le confesó la posibilidad de un error en su decisión. Pradals lo escribió inmediatamente al padre. Pero su sorpresa fue mayor el día en que Bayle apareció diciendo que su cambio de religión había sido un error y una ligereza. Ahora tenía Bayle que hacer el camino contrario que ya le había hecho ir a las autoridades locales y eclesiásticas para comunicarles que el cambio de religión había sido en él un error y continuaba siendo calvinista como lo había sido siempre.

Por consejo de Pradals, el mismo mes de octubre salió Bayle para Ginebra, cabeza entonces del calvinismo ortodoxo, a fin de evitar veleidades catolicistas.

Bayle llegó a Ginebra el 2 de septiembre y lo primero que hizo después de alojado fue escribir una larga carta a su hermano mayor, en la que no hacía alusión ninguna ni a sus errores ni al tiempo inmediatamente anterior que habían vivido. Estas cartas de Bayle (17 ó 18 en la edición de las obras que estamos siguiendo) retratan a Bayle de cuerpo entero. El interés de estas cartas no es obtener el perdón de la familia, ni siquiera echar por la borda sus últimos meses. El interés de estas cartas está en restablecer la normalidad en el trato con los suyos olvidando, como si no hubiera ocurrido nada de lo pasado. La estancia de Bayle en Ginebra fue por muchos conceptos aleccionadora. Sin profesión propia, sin esperar ayuda económica de su familia, Bayle tuvo que vivir en Ginebra improvisadamente. Pero Bayle era un gran hombre de relación. Sabía hacerse amigos en cualquier sitio y por su ánimo abierto y sus condiciones individuales se abría paso no sólo en medios hostiles sino también en círculos que por lo elevado estaban cerrados a los demás. De Bayle puede decirse que fue un gran conversador en el siglo XVII, que es el gran siglo de conversadores franceses.

Así fue cómo Bayle logró entrar de preceptor en algunas de las más altas casas de Ginebra, entre ellas la del Conde Dhona, Señor de Coper, que tenía una Baronía a dos leguas de Ginebra. Lo que Bayle no sabía es que su residencia no iba a estar en Ginebra sino en Coper, alejado de

todo centro cultural. Lejos de las Bibliotecas Públicas, de revistas y libros, Bayle se sintió más aislado que nunca del mundo que a él le interesaba. Al cabo de cerca de dos años de aguantar esta existencia, Bayle tramó con su gran amigo Basnage la fábula de que su padre estaba gravemente enfermo y reclamaba la presencia de su hijo. Esto bastó para que el Conde de Dhona diera libertad a Bayle para salir de Coper. Basnage le sugirió a Bayle que hiciera el viaje en compañía de un sobrino suyo que tenía que arreglar en Duone ciertos asuntos familiares. A Bayle le pareció el plan de maravilla y se prestó a ir con el sobrino de Basnage hasta Rouen. Hay un dicho según el cual el futuro nunca es más brillante que cuando se le considera desde el presente. Bayle encerrado como estaba en Coper soñaba con una vida de lecturas, con polémicas y disputas sin cuento. Su desilusión al llegar a Rouen fue por eso extraordinaria. El antecesor de Basnage, un opulento comerciante de Rouen, había comprado en las cercanías de la población un terreno de enormes dimensiones, no cultivado y todo lo lejos posible de cualquier lugar habitado. Allí es donde debía transcurrir la vida de Bayle si no ponía pronto remedio a ello. Una suma indecible de cartas, súplicas e intervención de amistades hicieron al fin que Bayle pudiera marcharse de Rouen camino de París el día 1 de marzo de 1675. Se suele decir que las grandes ciudades presentan primero sus dientes a los jóvenes que se acercan a ellas. Bayle pudo constatar en su propia carne este dicho. Los amigos le habían preparado una residencia en París. Residencia que fue ocupada por una familia noble. Sin techo donde cobijarse, sin profesión alguna que le reportara ganancias regulares, Bayle volvió a vivir los primeros años. Sin embargo, su trato de gentes de letras y su brillantez propia le hicieron olvidar un poco sus desdichas.

En esto estaba cuando recibió una carta de su amigo Basnage que estaba estudiando teología en la Academia de Sedan. En ella le comunicaba que el catedrático de Filosofía de la Academia acababa de morir y que por qué Bayle no se presentaba al concurso que era inminente. Así lo hizo Bayle, tras unas cuantas dificultades que hubo de superar por no ser nacido en el Principado de Sedan. Lo que nosotros hoy llamaríamos concurso-oposición consistía entonces en un tema que daba el pleno del profesorado de la Academia y que los opositores tenían que concebir en forma de memoria sin ayuda ninguna de libros ni letra impresa. Este trabajo de «sol a sol» era al día siguiente o dos días después, según el acuerdo del pleno de la Academia, sometido a discusión por los restantes concursantes. El Claustro en pleno deliberaba quién era el ganador y a quién había que proponer como nuevo profesor. El tema que esta vez se había elegido era «El Tiempo» y después de dos días de discusión el pleno de la Academia propuso por inmensa mayoría a Bayle como profesor de Filosofía de la Academia.

Sería sin embargo desconocer la psicología de Bayle pensar que ocupaba todo su tiempo en sus deberes académicos. En 1680 había partido por toda Francia un cometa de dimensiones y brillo inusitados. Como es natural el pueblo empezó a sacar del arca de los recuerdos consejas, presagios, antecedentes. También Bayle hechó mano a la pluma, pero en un sentido muy distinto. En un espacio que se calcula de 21 días Bayle escribió una carta al «*Mercure Galant*» en la cual oponía su concepción ortodoxa de lo

divino a las múltiples habladurías que corrían por el pueblo. Si Dios es omnipotente y puede hacer a la humanidad todo el daño que quiera, ¿a qué estos anuncios? Y en cuanto al fin del mundo, que decía la gente que presagiaba el cometa, Bayle se preguntaba: Si Dios creó el mundo de la nada, ¿no podría también destruirlo con un solo acto de voluntad? El redactor del periódico se guardó muy mucho de imprimir la carta de Bayle pero, aderezándola con frases propias y dándole una extensión inusitada, la hizo aparecer como libro en las librerías francesas: «*Entretient... sur la Comète*».

Poco iba a durar sin embargo la paz para Bayle. El Principado de Sedan había sido donado por el Duque Brouillon a Enrique III de Francia, bajo la condición de que los habitantes del Principado tuviesen los mismos derechos y libertades que el resto de los franceses. Luis XIV firmó también el mismo documento. Pero, llegado a fines de siglo, encontró intolerable que por todo el territorio de Francia hubiese Academias que impartiesen la enseñanza reformada. En vista de ello dio un decreto por el que todas las Academias que no fuesen instituidas por la Iglesia Romana fuesen disueltas inmediatamente. La primera de ellas fue la de Sedan, quedando al fin Bayle desprovisto de su cátedra y de sus ingresos. Inmediatamente después de recibir el cese como profesor de la Academia, Bayle se dirigió a París. Esta vez empero en circunstancias distintas. En Sedan había trabajado íntima amistad con un joven llamado Van Zoenen, cuya familia gozaba de grandes influencias en los Países Bajos y uno de cuyos mayores había sido burgomaestre de Rotterdam.

Bayle esperó en París hasta que le llegó la noticia de que en Rotterdam se había fundado una Escuela de Estudios Superiores en la que Bayle figuraba como profesor de Filosofía e Historia.

• 2 •

Bayle hizo su entrada triunfal como profesor de la nueva Escuela en 1675 con gran número de alumnos.

Sin embargo fue mal recibido por el grupo protestante que había sufrido la persecución en Francia. Es la malquerencia típica con que se recibe siempre al extraño, famoso o no famoso, que quiere introducirse en un grupo ya constituido. Bayle significaba el tipo que con hostilidad se definía «el francés». Y en torno al «francés» se acumularon toda suerte de denuncias y contradenuncias, de calumnias, de injurias, sin que Bayle tuviese en su mano la posibilidad de detenerlo.

Bayle sobre todo tenía un enemigo particular: el teólogo Jorieu, con quien había coincidido en Sedan en la disuelta Academia. Jorieu es uno de esos personajes que produce alguna vez el protestantismo calvinista, gentes que creen ser los únicos que pueden darnos el sentido de las Sagradas Escrituras, pero que tienen por una ofensa al mismo Dios el que se les insulte a ellos. Jorieu acababa de formular denuncias contra Bayle, entre ellas y como más visible la de que Bayle enseñaba a sus alumnos que Dios no existía. Lo malo del caso es que Bayle no era el tipo adecuado para sostener polémicas personales y dejaba que todo ello resbalara por él como si no le afectara.

Por fin, triunfó Jorieu y nada más acabado el curso académico en 1683 se presentaron en el domicilio de Bayle los magistrados de la ciudad que llevaban una orden de deposición e incautación contra Bayle. Es decir, que quedaba desposeído de su cátedra y suspendida toda la cuantía que hasta entonces había venido percibiendo por sus servicios.

La deposición y confiscación de Bayle no fue más que un acto de fuerza por parte de los magistrados de Rotterdam. No le dejaron hablar, no le dejaron exponer su punto de vista, sino que dieron por buena y adecuada a los hechos la denuncia que llevaban de Jorieu.

Pero el Bayle con que contaban los magistrados de Rotterdam era un Bayle distinto del que efectivamente existía. Hombre de vida austera, casi monástica, Bayle había ahorrado de su sueldo lo suficiente para vivir el resto de su vida. De otra parte, hombre de lectura y reflexión, al suprimirle los deberes de la Academia le hicieron el regalo que todo intelectual apetece y ansía: el tiempo. Desde ahora, Bayle libre de sus deberes docentes pudo dedicarse plenamente a su reflexión y a sus escritos. Es desde ahora en adelante cuando empieza la verdadera época constructiva de Bayle y a la vez cuando comienza su nombre a oírse más allá de las fronteras de su patria.

Bayle había siempre tenido por inconcebible un hecho sociológico que los franceses de su tiempo denominaban con la palabra «consentimiento». Si se reunían varias personas, las únicas que tenían derecho a criticar la política del gobierno o su planteamiento político eran ciertos altos cargos o ciertas personas de altura suficiente socialmente. Si algún otro se atrevía a hacer algo semejante era castigado cruelmente.

Esta situación le parecía a Bayle extraña y anómala, e intentando buscar una solución a ella iba a dar con una de las grandes enseñanzas de la Revolución Francesa. Escarbando en antiguos folios ingleses dio con la palabra de oscura etimología y muy poco utilizada en el lenguaje corriente inglés: «*Sincerity*», que iba a constituir la solución a todas sus dudas. «¿Qué significa ser sincero?». Significa —decía Bayle— que esta persona dice lo que siente, que en ella no hay dos mundos, uno externo y otro interno, sino uno sólo. Una persona ve el Universo de una manera que puede no coincidir con la nuestra, pero es su «manera de ver el mundo», es sincera siempre que lo que nos diga responda a la manera en que esta persona ve las cosas. No es el consentimiento lo que la hace tener derecho a opinar, sino su misma constitución, una constitución que le lleva a decir aquello que siente y no otra cosa. Tres años después, Locke iba a dar nombre a esta actitud que permite decir lo que se piensa ante cualquier otra persona. Es lo que se llamaría después «tolerancia», pero cuyos orígenes se encuentran sin duda en Bayle y su concepto de la sinceridad. Cuando más adelante estalló la Revolución Francesa los periódicos hicieron memoria de nuevo de Bayle y su gran descubrimiento; pero quien queda todavía hoy con la fama de haber descubierto la tolerancia es Locke.

Una segunda categoría iba también a descubrir Bayle. En el prefacio a las «*Noticias del Mundo del Espíritu*», Bayle habla de los libros como de un objeto especial. Si construimos una silla o un estante, y luego no nos sirven por alguna razón, los destruimos y con los trozos resultantes de su

destrucción volvemos a construir otro. Con el libro empero no puede hacerse lo mismo. En primer término, porque un libro no es destruible, sino sólo la materia en que está hecho. Podemos ir arrancando página por página de un libro y quemándola, podemos quemar sus tapas y su encuadernación, lo que no podemos destruir nunca es aquello que el libro quiere decirnos y que una vez leído queda grabado en la mente del lector. Por eso es una prepotencia incalificable el hacer listas de libros prohibidos, cuando en verdad todos los libros son verdaderos o no lo son. Cuando se habla de un libro prohibido, lo que se quiere decir es que es un libro cuya lectura puede ocasionar dolores o frustraciones en algunas mentes, pero no que el libro en sí sea bueno o malo. Todos los libros son susceptibles de contradicción y esto también es lo que puede hacerse con los llamados libros prohibidos: escribir otro libro admitiendo lo contrario del primero.

En el prefacio ya mencionado, Bayle habla por eso de «todos los libros», repitiendo la palabra todos una vez más al final del prefacio. Quiere con ello decir que cualquier libro es bueno o es malo según la mente que lo reciba o lo haga objeto de su lectura.

Estos dos rasgos que señalamos en Bayle, nos muestran un Bayle totalmente desconocido. Es el Bayle libertario. Nacido, crecido y desarrollado bajo la persecución de religiosa, y bajo la mano de hierro de Luix XIV, Bayle se construye a sí mismo un mundo libre, un mundo en el que no existen ni la reacción ni la persecución. Este mundo no es el de todos —entonces sería Peter Bayle un revolucionario— pero sí su mundo, un mundo creído y sostenido por su razón y únicamente por su razón. Bayle se dice a sí mismo en estos apuntes libertarios, que él puede leer todos los libros que quiera y además escribir otros en contra. Que él puede criticar toda la planificación del poder central y además que todo eso lo puede hacer consigo mismo, sin pretender que los demás le sigan.

Como hemos dicho, la deposición de catedrático de Bayle le había traído como consecuencia una dimensión del tiempo. Esta nueva dimensión él la aprovechaba para producir sus dos obras más notables: el «Diccionario» y «Las Respuestas». En primer lugar había que preguntarse qué es un «Diccionario», si queremos llegar al fondo de la obra de Bayle. Un «Diccionario» es simplemente la ordenación alfabética de una serie de cuestiones o de objetos que están a mano del lector. El «Diccionario» de Bayle no entra en esta definición. Es, más bien, una colección de artículos ordenados alfabéticamente cada uno de los cuales se distingue de los otros sobre todo por el aparato de notas que lleva. Esto es lo fundamental del «Diccionario» de Bayle. En primer lugar, su arbitrariedad. En él se encuentran objetos, cuestiones y personas del mundo más corriente que hay que suponer conocidos a grandes rasgos por lo menos por el lector. Pero lo verdaderamente extraordinario en el «Diccionario» de Bayle son sus «notas». Abriéndolo al azar se encuentra uno, por ejemplo, con el artículo «Aristóteles». En el texto se nos dice cuándo nació, cuándo murió, cuáles fueron sus obras principales; pero en las notas se nos dice por qué se ha atribuido a Aristóteles una obra determinada y se nos indica otra nota del mismo diccionario, en la que se contienen los elementos principales de atribución de una obra a un autor y las razones que obran a favor o contra de la atribución a Aristóteles de la obra en cuestión. Como se ve, la lectura

del artículo sobre Aristóteles no es ni con mucho tan sólo lo establecido en la cabeza de la página, sino sobre todo las notas con las cuales se completa el artículo en cuestión. Lo mismo podríamos decir de cualquier otro objeto del «Diccionario»: siempre la alusión a una nota y de ésta a otra, de manera que la consulta del «Diccionario» exige una lectura muy detallada y muy especial. El «Diccionario» no es por eso lectura fácil, aunque sí instructiva. Del «Diccionario» se han hecho numerosas ediciones, la última de 1828, que es la que suele encontrarse en la Biblioteca Nacional. Otra cosa importante es que el «Diccionario» es la única obra que expresamente firma como autor Bayle. Según sus biógrafos cuentan fue necesario el clamor unánime de libreros e impresores para forzarle a quebrar su costumbre de no firmar nunca sus obras. Quien quiera utilizar el «Diccionario» de Bayle como tal diccionario quedará defraudado, mientras que si lo hace para penetrar en el estilo, en la manera de escribir y de pensar de Bayle quedará satisfecho. No hay fundamento, por ejemplo, para que en el «Diccionario» no figure la palabra «raison», pero es que Bayle va escogiendo aquellas palabras y objetos que le daban ocasión para desplegar su ingenio y su modo de hacer.

Muy diferente, en cambio, son «Las Respuestas a las cuestiones de un provincial». Este provincial ignoto es seguramente el mismo Bayle, que se pregunta a sí mismo sobre una serie de cuestiones que no quería publicar en forma de libro. Es éste un libro farragoso, al contrario del «Diccionario». Mientras el «Diccionario» se deja leer incluso por los no interesados, «Las Respuestas» son difíciles de leer y más difíciles todavía de comprender. Como que el mismo Bayle tenía tales dudas y había de disfrazarse de provincial para encontrarles solución.

• 3 •

Este es el Bayle avizor como pocos que cierra el siglo XVII y abre, lleno de esperanzas, el siglo XVIII. Devorado por sus propias dudas y sus propias angustias, Bayle nos es todavía hoy un ejemplo de lo que un hombre entregado a sí mismo, con voluntad de verdad y certeza, puede conseguir.

No es ni mucho menos casual que en las Escuelas Ordinarias y Primarias de Francia se tuvieran las obras de Bayle como algo peligroso para la juventud.